

¿quieren los padres la cogestión?

B

OPINAN 3 MADRES DE FAMILIA

Hemos reunido a tres madres de familia con hijos cuyas edades representan una determinada etapa en la vida del niño y del adolescente: Señora A, que tiene tres hijos, de 3 años, 20 meses y 4 meses; Señora B, con tres hijos de 12, 9 y 5 años, respectivamente; y Señora C, con un hijo de 20 y otro de 18 años.

SEÑORA A:

Al contrario que Aline, que dice que educará a sus hijos como ha sido educado ella, yo pienso sin cesar en mi infancia para tratar de no hacer con mis hijos, en la medida de lo posible, lo que entonces yo no quería que hiciesen conmigo... En las conversaciones o discusiones que tengo con mi hijo mayor, que tiene tres años, trato de contribuir a su desarrollo que no piense forzosamente en todo lo que se me ha inculcado...

SEÑORA B:

Una palabra que se ha repetido varias veces durante el debate de los jóvenes es "principios". Como si estos jóvenes tuviesen la impresión de que muchos padres tienen unos principios, un plan preconcebido para actuar de una manera o de otra, según el niño... Eso me ha dejado un poco estupefacta, pues es proporcionarnos muchas ideas... Creo que los padres hacen un poco lo que pueden y que muchas veces se ven desbordados por la situación. Si me miro a mí misma, trato de actuar un poco "sobre la marcha", como lo siento y como puedo, pues no siempre se puede hacer lo que uno desearía. Esa especie de omnipotencia que ellos atribuyen a sus padres me ha sorprendido como si éstos supiesen siempre, perfectamente, lo que debían hacer.

SEÑORA C:

Yo creo que en la generación de mis padres los niños se educaban de acuerdo con unos principios establecidos, muy fuertes, sobre los cuales no se reflexionaba en absoluto para saber si había que adaptarlos u oponerse a ellos. Me pregunto si la principal riqueza de los jóvenes que se casan actualmente no será el que tienen la ventaja y el hábito de hablar entre ellos, y eso les permitirá, quizá, adaptarse mucho más fácilmente a sus hijos "tal como son" y no envararse dentro de las "actitudes educativas"... También me ha sorprendido otra cosa, pero ya en un terreno personal. Me pregunto si muchos errores que yo he podido cometer con mis hijos no procederían de que yo me "anclaba" en el momento presente, como si éste tuviese una importancia enorme, cuando el ser humano, a partir del momento en que viene al mundo, no cesa de evolucionar.

¿No nos comportamos, frecuentemente, como si la evolución de nuestros hijos hubiese acabado en el momento en que nos van a abandonar? Quizá habría menos tensiones y dramatizaríamos menos muchos problemas si se tomase conciencia de que hay, ahí, un error de perspectiva...

SEÑORA A:

Lo que me ha chocado, también, es que los jóvenes han hablado mucho de autoridad y de la edad en la cual, según ellos, los padres renuncian a ella. Para unos, es a los 16, para otros, a los 12 años. Yo, sin embargo, creo que este problema de la libertad empieza desde muy pequeño. Es, por ejemplo, la libertad de movimientos en el bebé. El niño, cuando empieza a comer, tira con todo. Algunas madres no admiten que manche la mesa y le dicen: "Eres un cochino, dame la cuchara", y hacen comer a la fuerza al niño. Sin embargo, el pequeño se siente feliz de tirar todo y de aprender él solo a comer. Y llega un día en que consigue no mancharse. Es ésta una imagen que yo me he hecho de la evolución educativa.

La libertad es el respeto al niño ya desde muy pequeño, a su personalidad. Sobre todo por la observación. Yo paso todas las tardes con mis hijos y trato de dejarles jugar juntos, observando las tendencias de cada uno. Es necesaria una cierta disponibilidad. No demasiadas intervenciones autoritarias. En todo caso, si se interviene, hacerlo de manera que el niño comprenda que no es para fastidiarlo. Y después hay la libertad en las acciones y en los deseos. El chico quiere ayudar y no hay que impedirselo. Mi hijo, de tres años, me dice: "Voy a ayudarte, voy a poner la mesa." Y se siente feliz de ayudar a hacer cosas que son difíciles para su edad. Creo, además, que los niños no rompen con más frecuencia que nosotros los platos o los vasos...

SEÑORA C:

A fuerza de intervenir para que no haga eso o lo otro, porque él rompe todo porque "no es capaz", acabamos por matar este deseo de hacer las cosas y, luego, cuando el niño es mayor, decimos: "No quiere hacer nada... No tiene espíritu de iniciativa... No es servicial..." Existe una espontaneidad, un deseo que se mata muy pronto.

SEÑORA A:

Un impulso vital, diría yo. Entre los 15 y 24 meses nos pasamos el tiempo diciendo al niño: "No hagas eso..." Esto es totalmente negativo. Deberíamos decirle: "Esto se hace así..." Este lado positivo en la educación supone evidentemente, todo un cambio en la actitud de los padres, pues es muy difícil no decir "no" al niño cuando existen problemas de continua oposición y el chico es el primero que dice "no" a todo. Es una reforma de cada día, pues tenemos tendencia a comenzar por una frase negativa.

Existe también el problema de la libertad en los juegos. El niño pasa la mayor parte del tiempo jugando. Siempre queremos intentar enseñar a los chicos cómo funciona un juguete nuevo. Él, generalmente, juega a su manera. Sucede lo mismo cuando le damos una caja de pinturas ¿por qué no dejamos en libertad su imaginación para que trace monigotes en una hoja de papel, en vez de enseñarle inmediatamente a hacer un dibujo? Para él, eso representa todo un mundo.

Por último, viene la libertad en la expresión. El niño vive en un mundo imaginario. Mi hijo mayor, por ejemplo, quiere tener otro nombre. Vive con unos amigos, con una señora, con un señor... Cuenta montones de historias y, con frecuencia, me pide que participe en sus juegos. Ante todo, debemos mantener una actitud de disponibilidad con los pequeños.

SEÑORA B:

Ha dicho usted que se dramatizaría menos si se pudiese ver la progresión en el tiempo. Me ha sorprendido oír a los jóvenes hablar de su crisis de adolescencia como de un desarrollo normal, de una etapa necesaria. Si no perdemos de vista, en los peores sobresaltos de los niños, que la progresión de la vida va, en principio, hacia las cosas mejores; que son los períodos normales para formar la personalidad de un adulto, tengo la impresión de que las cosas irían menos mal de lo que suelen ir. Yo no tengo hijos tan crecidos como los suyos, pero ya empiezo a tener problemas con la mayor...

SEÑORA C:

No tengo la impresión de que esta crisis de oposición a los padres haya dejado huella en estos jóvenes y, sin embargo, no están tan lejos de la adolescencia. Esto debe hacernos pensar que no aportamos todo a nuestros hijos. Hay muchas otras zonas en las que ellos viven: el colegio, los amigos, más tarde la profesión... Y todas son experiencias que el niño vive personalmente y que se van a prolongar. Me pregunto si realmente tenemos algo que "aportar" en el sentido que se da a esta palabra de "enseñar alguna cosa". Los padres han comenzado su vida antes; después se encuentran con uno o varios hijos y hacen la ruta juntos durante un tiempo. Luego, la ruta continúa para los padres, pero el chico, que se ha vuelto adulto también, tendrá un hijo... Todo el mundo evoluciona al mismo tiempo. Me pregunto si no existe un error sobre la palabra "aportación" tal como se emplea ordinariamente.

SEÑORA B:

Hay, efectivamente, aportaciones muy artificiales. Algunos padres se afanan por sus hijos y procuran dar-

les un montón de cosas, sin pensar que son ellos los primeros que deben "darse", tal como son, con todas sus imperfecciones pero también con todo lo que tengan de bueno. Es esto, sobre todo, lo que los hijos deben "sentir".

SEÑORA A:

Ser auténticos como pareja, como pareja unida, como padre y madre que se aman y no hacer alarde de esa autoridad, de la que tanto hablan los jóvenes.

SEÑORA B:

Produce la impresión, sin embargo, de que ellos tienen necesidad de tranquilizarse por medio de una autoridad, por unos principios que ellos atribuyen a sus padres, porque quizá tengan necesidad de apoyarse sobre alguien más fuerte. En el fondo creo que desean que sus padres sean fuertes, para poder ampararse en su autoridad y en su fuerza. Los niños cuyos padres son débiles, amorfos, deben acusarlo dolorosamente...

SEÑORA C:

Dice usted que los jóvenes hablan mucho de autoridad y buscan esta autoridad. Por otro lado, decía usted antes que lo que necesitan los hijos es que los padres "se den" tal como son. Evidentemente, eso exige, por parte de los padres una unidad interior, un equilibrio lo suficientemente grande como para aceptarse tal como se es. Me pregunto si no tratamos siempre (de un modo inconsciente, desde luego) de representar un papel: somos "padres", o no; somos primero "yo". Quizá porque a los niños también les resulta difícil ser ellos mismos, se refugian tras un principio de autoridad que les reconforta, que los tranquiliza.

SEÑORA B:

Aceptar el ser "uno mismo" debe dar, ciertamente, una autoridad natural. Pero ser auténtico y sincero frente a los hijos no quiere decir que haya que serlo en el mismo plan que ellos: nosotros somos adultos y ellos son niños o adolescentes... Por esa circunstancia les podemos proporcionar una ayuda, un apoyo seguro, incluso si uno mismo se siente débil.

SEÑORA C:

En el plan de la experiencia tenemos prioridad, pero eso no quiere decir que seamos más... Volviendo a lo que usted decía hace poco, sobre la necesidad de ser verdaderas entre marido y mujer, me preguntó cómo unos padres desunidos o que tienen entre ellos problemas pueden vivir delante de sus hijos.

SEÑORA B:

Yo he sido educada por mi madre, ya que mi padre murió cuando tenía cinco años. Puedo decir que no es cómodo aprender después lo que es la vida.

Cuando no se tiene a nadie que reemplace al padre y uno es consciente de ser el centro del universo de la madre, sorprende mucho el no serlo para el resto de los amigos... Hay toda una experiencia de la vida que debe hacerse después, lo que no es tan cómodo. En cambio, pienso que esto debe ser bastante natural cuando el niño está educado por ambos padres y éstos están unidos.

SEÑORA C:

A propósito de lo que se puede vivir naturalmente en una familia, me ha sorprendido que Aline exponga que la verdadera autoridad es un clima, que

los órdenes no tienen necesidad de ser explicadas, porque el niño, cuando no se le dan órdenes intempestivos, llega poco a poco a comprender que lo que se le ha ordenado es por su bien y de interés común y general... Me ha llamado la atención (porque también tengo una hija muy inconformista) que ya en el niño muy pequeño haya crisis de oposición y que éstas sean normales, como las crisis de la adolescencia y, por tanto, es necesario, que se desarrollen. No hay nada que hacer, es un camino normal. En la intervención de Aline he encontrado algo muy seguro sobre el espíritu de autoridad.

SEÑORA B:

Encuentro muy estimulante todo lo que ustedes acaban de decir. En primer lugar, porque produce la impresión de que, cuando se oye hablar de la primera infancia todo está perdido si no se ha actuado acertadamente en esa etapa vital. Pero ustedes han demostrado que nada era más definitivo. A pesar de las condiciones de familia ideal, el niño tiene siempre más o menos necesidad de oponerse, según su temperamento, para sentirse vivir, para sentirse alguien. Existen, pues, crisis y son totalmente normales. Sin embargo, nos parecen demasiado prolongadas y me pregunto si no habría algo que decir, algo que suprimir o reformar...

SEÑORA A:

Hablamos de crisis, pero, en el fondo, ¿no es término que se emplea todo a lo largo del desarrollo del niño? Desde que nace, desde que se afirma, ya decimos: "está en plena crisis de negativismo, lo que no es extraño a los dos años...". Cuando ingresa en la escuela y aprende nuevas palabras, incluso "gruesas", y suelta alguna al final de cada frase: "es una crisis; quiere manifestar su personalidad...". Después, a los siete años, una nueva crisis; y a los once, según he oído, otra... El pobre chico no hace más que pasar de una crisis a

otra para llegar a adulto... Pero, ¿no se hacen más dramáticos esos períodos de lo que realmente son, porque no aceptamos al niño tal como es?

SEÑORA C:

Me pregunto si la palabra crisis corresponde perfectamente a lo que vive el niño. En el fondo, el crecimiento no puede ser un proceso de calma... Los padres se inquietan siempre cuando su hijo no es obediente o no es limpio y quisiéramos conseguir que lo sea... No puede alcanzarse todo en un día.

SEÑORA B:

Me ha parecido que algunos jóvenes han tenido la impresión, en algún momento, de que sus padres sufrían cuando sus hijos iban haciéndose mayores. Parece que han dado a entender que, en cierto modo, padres e hijos no podían existir al mismo tiempo; que éstos no pueden crecer si los padres no disminuyen... Me pregunto si esto no será exacto en algunas familias.

SEÑORA C:

Ahora que mis hijos no están ya en "crisis", puesto que es la palabra empleada, puedo mirar con cierta perspectiva lo que nosotros hemos vivido... Pues bien, no me parece, en absoluta, que yo esté en trance de "eclipsarme"... No he cesado de evolucionar y creo que evolucionaré todavía más... Si quizá en algunos momentos he sentido su crecimiento como un poco duro de vivir; si he lamentado que el chico quiera ser "él mismo", tener su vida propia ahora creo haber comprendido que nuestros caminos volverán a encontrarse, quizá más fácilmente (sin que, por otra parte, las ideas tengan que ser forzosamente las mismas), el día en que el adolescente tenga la experiencia de una profesión y, más tarde, de una vida de hogar con sus propios hijos...

SEÑORA B: SEÑORA C:

Me parece que no se puede hablar de libertad sin hablar en seguida de realización de sí mismo en el aspecto humano. Desde el momento en que se habla de libertad, se trata de algo humano, de lo que valora al hombre; y eso es algo que rebasa mucho la cuestión de autoridad, los problemas de las salidas... Pero me sorprende, después de lo que hemos dicho las tres, el ver que hay problemas semejantes que se encuentran en todas las edades, aunque se manifiesten de distinta manera. Yo soy más sensible, en el fondo, a lo que hay de común que a lo que se denominaba, hace poco, "ruptura".

SEÑORA A:

Es cierto que existen oposiciones que se observan ya en el niño pequeño, pero se manifiestan de distinto modo en cada edad, y se acentúan a medida que el niño se vuelve adolescente, momento en el que quiere manifestar cada vez más su personalidad y, sobre todo, busca esta personalidad.

SEÑORA C:

Ahora siento intensamente, en mis hijos, esta necesidad de ser "ellos mismos", de que se les dé confianza, que se reconozca que llevan en sí algo verdaderamente válido que tiene necesidad de manifestarse. Creo que sólo hay una cosa de verdadero valor para el niño: "su" propia experiencia.

SEÑORA A:

El niño pide que los padres le concedan confianza, pero es muy importante, también, que los padres sean de tal modo que consigan ganarse la confianza de sus hijos...

Encuentro que es muy difícil el permitir verdaderamente realizar una experiencia. La experiencia que quiere realizar el niño (que significa algo vital en él) corresponde muy raramente a lo que los padres pueden prever, imaginar, comprender. Es muy difícil para un adulto —incluso a través de los lazos afectivos que existen entre él y sus hijos— el comprender verdaderamente lo que siente el niño, lo que quiere hacer, lo que busca. Él mismo no lo comprende siempre, por otra parte. Pero, pese a la necesidad que tiene de realizar su experiencia (y de sentir que se le deje libre para ello) me parece que se sentiría desgraciado si no tuviese, entonces, la presencia y el interés de sus padres para permitirle reflexionar sobre lo que hace. Bajo una indiferencia aparente, hay mucho de espera, una espera que el joven no puede formular y, en muchos casos, no quiere reconocer...

SEÑORA B:

Usted dice que es difícil adivinar lo que quiere un niño; pero hay todavía momentos más difíciles: cuando se ve claramente lo que busca, lo que quiere, pero no puede, y no podemos realizarlo y decirlo en vez de él. Sin duda, creo que es todavía más difícil el ver claro en una situación y verse obligado a dejar a un hijo ir a ciegas, verle descubrir rudamente ciertas cosas, lo que, por otra parte, es indispensable.

SEÑORA C:

Yo no veía más que una perspectiva de estas cosas. Oyéndolas a ustedes pienso en ciertas situaciones en las que hay que aceptar que el chico realice una experiencia de una manera ruda. Pero creo que sólo por la experiencia, por "su" experiencia puede él aceptar el progresar, y esto es, a veces, muy difícil de aceptar y soportar...